

*Miguel Fernández,  
crítico de Gabriel Celaya*

ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

Universidad de Granada

Nadie pagará suficientemente el trabajo poético de quienes, como Miguel Fernández se dieron a esa actividad literaria, contradictoria y crítica, asomados a los abismos del yo, un histórico yo fragmentado y consciente de sus fisuras que llena toda la modernidad. Difícilmente se puede saldar la deuda contraída por los lectores con quienes han hecho de la poesía, en paradójica soledad originaria —y no necesariamente porque se ubique al sur del sur— y en lamentables condiciones históricas —una larguísima postguerra o guerra silenciosa—, uno de los actos mayores de radical solidaridad histórica con quienes gastamos nuestra alienada vida entre la producción, y su reproducción, y el consumo. ¿Cómo pagar lo que no tiene precio? ¿Cómo no reconocer, aunque sólo sea eso, una actividad que hoy día se halla alejada de todos los centros posibles y escrita al margen de esta página social? Aquí radican algunas de las razones que me llevaron a aceptar, al mismo tiempo que a agradecer, la invitación a participar en esta sesión de homenaje a Miguel Fernández.

Por otra parte, deseo sumar mi pequeño esfuerzo a la importante tarea crítica que ha llevado y lleva adelante, entre otros, Sultana Wahnón para

poner las cosas en su sitio, esto es, para poner la obra poética de nuestro autor en un espacio de conocimiento, reconocimiento y valoración adecuados, sin caer en posiciones extremas por un exceso de devoción o antipatía poéticas ni por culto a la amistad o enemistad tan desgraciadamente comunes (1). En cualquier caso, todo trabajo de explicación, interpretación y valoración subsiguiente que se haga será poco si tenemos en cuenta que bastante ingrata, arbitraria, reduccionista e injusta es en sus apreciaciones valorativas la historia de la literatura española como para que nosotros colaboremos con nuestro silencio en tales despropósitos. Basta nacer a caballo de generaciones o a contrapelo de movimiento literario suficientemente esclarecido o presentar dificultades comprensivas por desconocimiento y/o originalidad de ciertos códigos de simbolización, y en esto Miguel Fernández fue un reconocido maestro (2), o en un punto geográfico alejado de los centros ideológicos y físico-espaciales de poder como para quedar fuera del catálogo o merecer, todo lo más, dos líneas, incluidas las fechas de nacimiento y defunción. Por eso está bien alimentar la adecuada memoria histórica del poeta con estudios cada vez más completos y extender su nombre con este tipo de actos.

Por lo que a mi colaboración respecta, ésta va a centrarse en las críticas que el fundador de *Alcándara* efectuó de Gabriel Celaya, con el abierto propósito de contribuir a la clarificación de la actitud de Miguel Fernández con respecto a la poesía social y a sus poetas mayores, como así lo fue el influyente poeta vasco de poliédrica presencia en el panorama de la vida literaria de postguerra y de particular interés para nuestro poeta melillense, como es de todos sabido. La consideración crítica de este aspecto de la producción de Miguel Fernández queda justificada, insisto, si tenemos en cuenta la circunstancia de que el poeta no se prodigara en su labor crítico literaria, resultando especialmente significativo que dedicara tres de sus artículos críticos a sendos libros de Celaya, aparte de un espléndido poema-carta y de una entrevista, y si tenemos en cuenta las muy acertadas consideraciones expuestas por Sultana Wah-nón en un artículo de meridiano título, "Celaya en la poética de Miguel Fernández" (*Ínsula*, 474, pp. 6-7), donde señala la provisional coinciden-

cia en que uno y otro incurrieron en sus respectivas poéticas, pese a determinadas diferencias,

“guiados —dice (art. cit., p. 6)— por un objetivo común: enfrentarse a los dogmas recibidos de una estética oficial que, elaborada en los años inmediatos a la Guerra Civil, comenzaba ya a resultar inoperante”.

Pues bien, la crítica que Miguel Fernández hace de *Las cartas boca arriba*, un libro bisagra en la extensa producción del vasco por cuanto “cierra” y “abre” a un tiempo dos momentos poéticos sobresalientes suyos, el de corte existencialista y el de orientación social–realista, es tan lúcida como esclarecedora, una de las mejores de las publicadas en su momento (3), por decirlo sin rodeos. El artículo apareció, junto a su poema “Carta a Gabriel Celaya”, texto motivado directamente por el libro objeto de su atención —repárese en el título mismo del poema—, en el segundo y último número de la revista *Alcándara*, importante revista literaria a pesar de su corta vida editorial que el propio poeta melillense fundara (4).

La crítica comienza señalando muy certeramente los posibles efectos del libro —“escándalo de burgueses y precavidos antirrevolucionarios”, dice el poeta y crítico— y conceptuando impecablemente al poeta vasco en su compleja elementalidad poética para lo que emplea una clarividente imagen, la de “animal que mata sólo por hambre”, al tiempo que expone la que considero más ajustada caracterización global de la temática de Gabriel Celaya, cuya operatividad y virtualidad cognoscitiva se puede extender a la obra toda del poeta vasco:

“Aquí —dice Miguel Fernández— están sus fuerzas de siempre: el amor, el sexo, el hombre, Dios, lo cotidiano existencial, lo absoluto, lo subsciente y las mil formas insinuadas de ese otro mundo que poseen al poeta”.

Muestra, además, conocer la anterior poesía del donostiarra —se refiere a su voluminosa antología *Deriva* (5)— y tener clara conciencia crítica de la nueva etapa poética que el libro en cuestión inaugura, si bien termina el

poeta y crítico, en un exceso de entusiasmo lector, sobrevalorando la importancia de *Las cartas boca arriba* con respecto a futuros libros de Celaya.

Tipifica a continuación una serie de antinomias, muy propias de la poética y del pensamiento dialécticos celayanos y resalta el importante papel que juegan los elementos incoscientés en su traduccilón exterior en actitudes poéticas ponen al poeta al borde de la “náusea que a todos asola” (por supuesto, al mismo crítico también). Efectúa un breve recuento de los poemas-cartas, aludiendo a su particularidad respectiva dentro de lo que es el tono general elegíaco e impreparatorio.

Concluye valorando el libro como el mejor del poeta y uno de los mejores de la postguerra —con ello, puede deducirse, que así valora también la corriente que anuncia— y considerando al poeta como el más interesante de su momento por el “modo” —téngase en cuenta la palabra— de decir poético, por su valentía y por su visión de lo inconsciente, prefiriendo en cualquier caso lo que él llama los poemas de “urgencia” —en particular, los dedicados a Neruda, Otero y Basterra— (6), que son

“poesía de nuestro momento social que, como fuerza escondida, sacude las más profundas raíces del hombre” (Fernández, *ibidem*).

En el número 27 del *Al-Motamid*, conocida revista literaria de postguerra dirigida por Trina Mercader y editada en Larache y, en sus últimos números, en Tetuán, publicó Miguel Fernández una nueva crítica de un libro de Celaya. En concreto, de *Paz y concierto* (1953), sobresaliente concreción de la poética realista, en la que el ensimismado yo existencial celayano de la segunda mitad de los años cuarenta deja paso a un yo más social y cuyo protagonista es el nuevo hombre y la nueva sociedad anunciados. Pues bien, nuestro crítico y poeta melillense supo ver lo que hoy, por la fuerza del tiempo, es un tópico crítico (7), realizando una coherente interpretación global del libro estrechamente sujeta a su lógica interna. Conozcámosla en sus trazos más gruesos.

Miguel Fernández comienza exponiendo que la clave valorativa del libro es para Celaya el hombre, valor primero de un nuevo orden o con-

cierto, presidido por el gozo, “la vuelta a la situación asombrosa y primaria de los seres”. Caracteriza *Paz y concierto* como un libro de poesía más directa, anclada en las posiciones humanas cotidianas, juzgándolo por este motivo como una poesía “de buena fe” donde late un tremendo corazón, lo que lo convierte en un libro religioso “en el buen sentido de la palabra”, subraya.

A continuación, se refiere al concepto de poeta-hombre y nombra algunos de los poemas en tanto que demostración de la poetización de las cosas y predisposición humana ante la paz, constituyendo el poema “La noche” el epicentro del poemario, por encerrar un sentido de paz abismal, un sentido de lo que *es* (lo real),

“y todo —termina diciendo Miguel Fernández— viene a cerrarse en este ejemplar libro de Celaya, en una afirmación de existencia, dentro del concierto, bajo un dorado paganismo”.

No hay que ser un avisado especialista para percatarnos de que nuestro poeta metido a crítico posee una conciencia gnoseológica realista que le permite conocer así, esto es, de una manera un poco menos engañosa, la situación histórica de su propio medio, entendido éste tanto en un sentido general, el de su medio social, como en un sentido particular o específico, el de su medio y tradición literarios, lo que le va a permitir no sólo comprender y valorar la, por entonces, nueva lógica poética de los libros de Celaya, externa e internamente a su tiempo, esto es, social y literariamente, sino llegar incluso a hacerse partícipe de la “náusea” que por este tiempo asola a intelectuales y escritores y de acusar el golpe que le propina esta poesía hasta sacudirlo en su supuesta esencial humanidad para que termine comprometiéndose, de lo que terminará dando cuenta poética en su “Carta a Gabriel Celaya”.

No es difícil darse cuenta tampoco de la apuesta que Miguel Fernández hace, en sus críticas al menos, en favor de una poética y poesía que, en su momento, supuso todo un hallazgo con vistas tanto a una denuncia, crítica y, como se decía, transformación de una sociedad, a todas luces injusta y

maniatada, cuanto a una rehumanización del lenguaje poético, etc. No otra conclusión se desprende, por referirnos en concreto a una de sus afirmaciones, de la oposición que establece entre la poesía pura y la poesía social por lo que concierne al “júbilo” o gozo que supone la vuelta a las cosas mínimas y primarias que Celaya propone en su poesía:

“A propósito —afirma (1954)—, qué diferencia la de esta posición ante el júbilo y la de los poetas puros, nuestros predecesores serenísimos. Allí, por empinados, llegaron al júbilo de las alturas, casi arcangélico, de luces de belén. Aquí vitalmente, por vocación de experiencia, se llega al cielo invertido de la tierra que se pisa y moldea con piernas cansadas”.

Estas críticas nos ponen sobre la pista de un hombre de aguda inteligencia y amplia cultura, un hombre tiernamente irónico en ocasiones, con clara conciencia del nivel inconsciente que constituye al ser humano, conciencia de su radical importancia y profunda significación por lo que lo valora sobremanera en el caso de Celaya. A partir de la lectura atenta a estos textos críticos podemos sacar la global conclusión de que Miguel Fernández fue un poeta y crítico de su tiempo o, por decirlo de manera harto expresiva, fue un hombre contemporáneo de sí mismo que tomó la pluma para extender por todo el norte de este continente, este luminoso sur del sur, lo que por entonces creía una voz poética digna de ser escuchada, lo que explica sus propios actos críticos y sus valoraciones generosas, aunque luego como poeta le muestre sus reparos.

Por otra parte y si bien en ninguno de los dos artículos en cuestión nombra Miguel Fernández expresamente la corriente a que pertenecen, la de la “poesía social”, a pesar de vislumbrar con agudeza las posiciones poéticas generales en que se asientan los respectivos libros, sí lo hace en cambio para titular un artículo—entrevista, “Gabriel Celaya, uno de los primeros promotores de la ‘poesía social’, de 1965, de gran interés tanto por las respuestas dadas a inteligentes preguntas en un momento que ya es de crisis de la poética social como por las informaciones acerca de la vida —excepción hecha de la errónea información relativa a que Celaya no tiene hijos—, de la obra y

de la poética del entrevistado que el poeta melillense va suministrando al lector con sumo tacto crítico y tono no exento de frescura, informaciones que constituyen el sesenta por ciento del texto total. En este sentido, sobresale la caracterización global que hace de cómo es la poesía de Celaya. Las preguntas, muy expertas, se refieren a la capacidad transformadora de la poesía, a su utilidad social, al concepto de poesía, al papel de los jóvenes poetas que hoy llamamos de los cincuenta o del medio siglo (8) —el entrevistador emplea el concepto de generación—, sobre los nuevos caminos poéticos que se están abriendo —conscientes el entrevistador y el entrevistado de la crisis de agotamiento de la poesía social—, sobre el prosaísmo, etc.

Ahora bien, conviene precisar que nuestro autor entrecomilla la denominación de poesía social frente a lo que viene siendo la práctica crítica usual, lo que nos pone sobre la pista de la existencia de un aviso acerca de la significación de tal rótulo. Así es, en efecto si tenemos en cuenta que para Miguel Fernández, como para Nora, el mismo Celaya y otros muchos,

“Toda poesía es social. Lo que ocurre es que quizá, al utilizar estas dos palabras definidoras, nos referimos a una escuela poética que pudiera haberse llamado de otra forma” (M. Fernández *apud* Wahnón, 1983, p. 16).

No obstante, cabe una explicación más acerca de las razones que alejan de ser torpe tautología la denominación en cuestión, porque nada es gratuito en el uso de una lengua, al ser concreción y práctica ideológicas y no simple medio de comunicación. Pues bien, tal como expuse en otro lugar (1986), atendiendo a la lógica de la poesía social, conviene no perder de vista que dicho fenómeno tiene un doble sentido que puede ser comprendido si atendemos a esa extraña denominación que comenzó a aplicarse peyorativamente a dicha práctica poética. Aplicar el adjetivo de ‘social’ a una poesía es en efecto algo innecesario, porque toda poesía es social. Ahora bien, tal proceder tiene un sentido: el empleo de este adjetivo sirve tanto para denotar como para atacar una poesía que pretende actuar *directamente* sobre la sociedad. Esta poesía, frente a la inutilidad o gratui-

dad social de las prácticas artísticas, reclama para sí una función utilitaria —la poesía-herramienta o la poesía-instrumento—, sin dejar de ser para ello poesía. El prosaísmo, pues, como rasgo caracterizador de esta poética responde a una utilidad —darse a la inmensa mayoría, facilitar la comunicación, crear conciencia y modificar la realidad social. Resulta ser así un recurso retórico que participa del carácter pragmático originario de la retórica. Pero, por otro lado, si atendemos a qué pueda ser el prosaísmo desde la perspectiva que nos impone el sustantivo ‘poesía’, habremos de concluir que cumple al mismo tiempo una función de técnica de literaturización, provocando así el extrañamiento necesario para establecer y mantener la comunicación poética. El prosaísmo cumple así una función retórica igual a la de la metaforización y figuración “habituales” del discurso poético, lo que tal vez pueda explicarnos el originario entusiasmo de un lector de Miguel Fernández, poeta muy culto y hombre también asolado por la náusea que hace suyas incluso imágenes de Celaya, como puede observarse en su “Carta a Gabriel Celaya”, poema al que, para terminar, quiero referirme con brevedad lógica, puesto que ha sido estudiado con detenimiento por Sultana Wahnón (1983, pp. 13–25; 1986) y porque rebasa en principio mi esfera de atención particular.

El poema, editado por Azcoaga con variantes con respecto a su primera publicación y así recogido por Sultana Wahnón (verso 23: “callen” por “callan”; verso 45: “ese reino” por “ese mundo”; y verso 47: “sudor” por “el sudor”), puede interpretarse, como así se ha hecho, como una directa invitación poética al silencio (versos 1, 9, 21, 37) cursada por el poeta firmante de la “carta” al poeta turbador y abiertamente comprometido de *Las cartas boca arriba*, en particular, como efectivamente ha señalado Sultana Wahnón, al del poema “A Pablo Neruda” (v. Chicharro, “Pablo Neruda visto por Gabriel Celaya”, *Mundaiz*, 1988, 35 zb, pp. 5–10). Ahora bien, conviene no perder de vista que tal invitación al silencio cursada a la poesía social, a la poesía como comunicación y útil social se dice poéticamente, lo que supone hacer uso utilitario de la poesía, esto es, una reafirmación en la práctica de lo que se niega, donde sobresale un tono tan realista pleno de racionalidad que incluye cariñosa despedida como final de la



difícil y engañosa facilidad comprensiva de los cincuenta y tres versos del poema. Este texto, sinuosamente reflexivo, metapoético ciertamente, constituye una pieza contradictoria, y por tal muy significativa, entre lo que por de pronto, al comienzo de los cincuenta, Miguel Fernández dice y hace poéticamente. Un texto, pues, no muy alejado de las posiciones sustentadas por nuestro esporádico crítico que acabamos de considerar.

1. “La historia de la poesía —dejó dicho Luis García Montero (1985, 15/III)— es casi siempre apasionada, desmedida en la mayoría de los casos, quizás porque los hombres la utilizan para hablar y discutir de sí mismos. Desde este egoísmo racional, donde se juntan las mínimas rencillas personales con las ideologías que cada uno necesita para sentirse sostenido sobre la tierra, es ingenuo pedir objetividad, desear que no todo se convierta en una fábula de amor excesivo o desmesurado odio. La historia de los últimos años de vida española ha sido tan inquieta en los sueños como en la realidad. Postguerra y transición, la novela de unos cambios que no pueden desconocerse, bien porque molestan o bien porque parecen insuficientes. En este reino de las tensiones en el que más o menos hemos convivido, dentro de los límites humildes de su vanagloria, el devenir de la poesía puede considerarse un episodio cercano a lo épico, lleno de negaciones absolutas y reconocimientos a destiempo”.
2. No hay más que leer el libro de Sultana Wahnón (1983) para hacerse una extensa y cabal idea crítica a este respecto o el artículo de Enrique Molina Campos, “Hacia una interpretación global de la poesía de Miguel Fernández” (1980), entre otros.
3. Los críticos que se ocuparon de este libro fueron José Luis Cano, Germán Bleiberg, Fernando Quiñones, Ramón de Garciasol, Leopoldo de Luis, J. M. Aguirre y Melchor Fernández Almagro, entre otros. Precisamente, me ocupé de sus críticas en *Producción poética y teoría literaria en Gabriel Celaya* (1985), pp. 96–100.
4. Fanny Rubio (1976, pp. 394–397), experta en poesía y revistas poéticas españolas de postguerra, considera *Alcándara* la revista más importante de las publicadas en el norte de África por no caer en concesiones ni ambigüedades de las del tipo de otras revistas peninsulares, tal como el editorial del primer número, “Las aves, para el vuelo”, dejaba ver.
5. Aunque por lo que dice Miguel Fernández en su crítica de *Las cartas boca arriba* puedo deducir su valoración global de *Deriva*, así como por las citas y referencias que de la crítica que nuestro poeta dedicara a dicha antología de Celaya (Fernández, 1951) ofrece Sultana Wahnón (1986, p. 7, lo cierto es que me ha resultado imposible acceder a dicho artículo aparecido en la alicantina revista *Verbo*, cuyo número 21, que conozco sólo parcialmente, tiene como protagonista la figura de Gabriel Celaya, pues a la crítica de Miguel Fernández hay que añadirle la primera parte de un extenso artículo de Arturo Benet, “La trayectoria poética de Gabriel Celaya”, así como una entrevista efectuada al poeta.
6. No sé hasta qué punto pudo influir esta caracterización crítica en Celaya, pero la verdad es que en 1960 publicó un libro antológico, en el que además se recogían los poemas que prefiere Miguel Fernández junto a otros muchos social-realistas, con el título de *Poesía urgente*.
7. De los críticos de este libro me ocupé también (v. 1985, pp. 105–109). Fueron: José Fernández Nieto, Fernández Almagro, Ricardo Blasco, V. A. Catena, Leopoldo de Luis, Luis Horno Liria, Eduardo Moreira y “V. R.”, entre otros.
8. Puede verse el excelente número extraordinario de *Olvidos de Granada*, núm. 13, *Palabras para un tiempo de silencio* (*Encuentro sobre la poesía y la novela de la generación de los cincuenta*), Granada, 1986, donde colaboré con “De viejos y jóvenes poetas en la España del medio siglo”, pp. 151–153.

Referencias bibliográficas

- CELAYA, Gabriel (1950), *Deriva*, Alicante, Ifach.
- (1951), *Las cartas boca arriba*, Madrid, Adonais.
- (1953), *Paz y concierto*, Madrid, El Pájaro de Paja.
- CHICHARRO CHAMORRO, Antonio (1985), *Producción poética y teoría literaria en Gabriel Celaya*, Granada. Universidad de Granada. Departamento de Gramática General y Crítica Literaria.
- (1986), “Notas sobre prosaísmo y retórica en la poesía social española”, en CARRIDO GALLARDO, M. A. (ed.), *Crítica semiológica de textos literarios hispánicos*. vol. II de las Actas del Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo, Madrid, CSIC, pp. 603–617.
- FERNÁNDEZ, Miguel (1951), “Deriva, de Gabriel Celaya”, *Verbo*, 21, Alicante, pp. 26–29.
- (1952), “Las cartas boca arriba, de Gabriel Celaya”, *Alcándara*, 2, Melilla.
- (1952), “Cartas a Gabriel Celaya” (poema), *Alcándara*, 2, Melilla (incluido en AZCOAGA, Enrique (1953), *Panorama de la poesía moderna española*, Buenos Aires, Periplo; y en WAHNÓN, Sultana, 1983).
- (1954), “Paz y concierto”, *Al-Motamid*, 27, Tetuán, p. 14.
- (1965), “Gabriel Celaya, uno de los primeros promotores de la “poesía social”, *España*, Tánger, 30, septiembre, p. 8.
- GARCÍA MONTERO, Luis (1985), “La poesía de Gabriel Celaya”, *Cuadernos del Mediodía (Suplemento de las Artes, Ciencia y Cultura de Diario de Granada)*, Granada, 8, febrero, p. 15/III.
- MOLINA CAMPOS, Enrique (1980), “Hacia una interpretación global de la poesía de Miguel Fernández”, *Hora de Poesía*, núm. 8, Barcelona, pp. 78–85.
- RUBIO, Fanny (1976), *Las revistas poéticas españolas (1939–1975)*, Madrid, Turner.
- WAHNÓN, Sultana (1983), *El irracionalismo en la poesía de Miguel Fernández*, Granada, Antonio Ubago Editor.
- (1986), “Celaya en la poética de Miguel Fernández”, *Ínsula*, 474, Madrid, pp. 6–7.